



LEER Y MEDITAR EL EVANGELIO EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN



Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Llegó Jesús a Cafarnaúm y el sábado siguiente fue a la sinagoga y se puso a enseñar. Los oyentes quedaron asombrados de sus palabras, pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc 1, 21-22).

Madre nuestra: la Iglesia celebra en el tercer domingo del Tiempo Ordinario el “Domingo de la Palabra”, para recordar a todos, pastores y fieles, la importancia y el valor de la Sagrada Escritura para la vida cristiana, como también la relación entre Palabra de Dios y liturgia.

El Santo Padre Francisco, en una de sus homilías de ese domingo, dijo que “la Palabra de Dios despliega la potencia del Espíritu Santo. Es una fuerza que atrae hacia Dios y nos envía hacia los demás, ese es su dinamismo. No nos deja encerrados en nosotros mismos, sino que dilata

el corazón, hace cambiar de ruta, trastoca los hábitos, abre escenarios nuevos y desvela horizontes insospechados”.

Esa es la razón por la que los que escuchaban a Jesús decían que hablaba como quien tiene autoridad. Y eso explica también cómo podemos descubrir siempre algo nuevo cuando leemos y meditamos el Evangelio, aunque conozcamos muy bien el texto y lo hayamos leído muchas veces: el Espíritu Santo nos da siempre luces nuevas.

La celebración de la Santa Misa incluye siempre la liturgia de la Palabra. Se escuchan las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y el sacerdote predica la Palabra con la autoridad que el Señor le concedió el día que quedó configurado con Él. Y cada uno de los oyentes, aunque escuchan las mismas palabras del sacerdote, recibe las luces propias que el Espíritu Santo pone en su corazón particularmente.

El Papa Francisco también dijo en su homilía: *“muchas veces he aconsejado llevar siempre consigo el Evangelio, en el bolsillo, en el bolso, en el teléfono. Si amo a Cristo más que a nadie, ¿cómo puedo dejarlo en casa y no llevar conmigo su Palabra? ¿He leído entero al menos uno de los cuatro Evangelios? El Evangelio es el libro de la vida, es sencillo y breve”.*

Madre del Divino Verbo: ¿cómo podemos aprovechar mejor la Palabra de Dios que recibimos con las Sagradas Escrituras?

Hijo mío: Jesús es un hombre admirable y es también Dios.

Su vida en medio del mundo fue extraordinaria, haciendo las cosas más ordinarias. Su predicación la hacía con palabras simples y ordinarias, pero no eran palabras de hombre, sino Palabra divina.

Él es el Maestro más grande de todos los tiempos. El que lo escuchaba se maravillaba, porque manifestaba una sabiduría admirable.

Él no solo se revelaba a sí mismo, a través de la Palabra, sino que revelaba al Padre del cielo, quien lo había enviado con todo su poder.

Todos se admiraban y le temían cuando veían que hasta los demonios lo obedecían, temblaban de terror y huían lejos de Él, liberando a las almas oprimidas de las que el Señor se compadecía.

¿Imaginas escuchar la voz de Cristo explicándote las Escrituras?

No tienes que imaginar. Acude a la Santa Misa, y de la voz del sacerdote lo escucharás.

Él les ha dado su poder, predicán y obran en su nombre. Tú tienes la oportunidad de oír al Rey de reyes y Señor de señores hablar y aprender de Él, de acudir a Él con humildad, y dejarte sanar a través de la misericordia que administran los sacerdotes en los sacramentos.

No pierdas la oportunidad de llenarte de la sabiduría del Hijo de Dios. Escucha su Palabra, está en el Evangelio. Y ten la humildad, la sencillez y la inteligencia de aprender –a través de los sacerdotes–, de tu Maestro.

Ellos tienen el don para explicarte lo que tu Señor quiere decirle a tu corazón en cada una de sus palabras. Pero primero, hijo mío, yo te recomiendo que hagas oración.

Pide al Espíritu Santo que abra tu mente, que abra tu alma, y deja que la espada de dos filos –que es la Palabra de Dios–, atraviese tu corazón, y llegue hasta tus entrañas.

Que te llene del fuego encendido del amor de Cristo, leyendo y meditando el Evangelio. Y aquello que te inquiete, que no comprendas, ve y pregúntale al sacerdote, pidiéndole que dirija tu alma, para que sepas qué decir y qué hacer, de acuerdo a la voluntad de Dios en estas circunstancias en las que te encuentras hoy.

En cada dificultad, en cada decisión, no vayas solo. Permite al Señor en este viaje de tu vida llevar el timón, para que los vientos fuertes no te hagan naufragar, sino que a salvo te mantengas dentro de la barca y llegues a puerto seguro.

Lee el Evangelio todos los días.

Medítalo, haz oración en silencio, en soledad, y admírate de la sabiduría del Maestro, porque no hay cosa igual.

Tu vida transformará.

Su sabiduría te dará.

Un gran tesoro tendrás.

¡Muéstrate Madre, María!

(En el Monte Alto de la Oración, n. 161)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Arquidiócesis de Toluca

www.lacompañiademaria.com

lacompañiademaria01@gmail.com

La Compañía de María 
Madre de los Sacerdotes